

“Tiro al blanco” de Luis Gallegos Valdés

Alfonso Ma. Landarech, S. J.

Apunte

Estampa de escritor criollo, europeizado por los viajes y la lectura, entregado a sus libros y a sus escritos, con la placidez y el gesto reposado de un emperador de las letras, que deja correr sin prisas el tiempo sin tiempo en lo que algunos ignorantes han dado en llamar entretenimiento de desocupados. Ese es D. Luis Gallegos Valdés.

La testa, que de él nos ha trazado con rasgo firme y seguro el conocido dibujante Camilo Minero, me ha sugerido unos brochazos, que bien pudieran ser las líneas generales para un retrato psicológico del escritor que explicaran tal vez algunas de sus características literarias.

Observad esa frente ancha y desembarazada, como dijera de sí El Manco de Lepanto, y que pudiera indicar el prototipo del hombre dedicado a la lectura y al estudio.

El contorno de su cara redonda y regordeta simboliza más bien su carácter bonachón y benévolo con todos sus amigos y aun con aquellos que se ponen a tiro de su crítica.

Sus ojos pequeños, vivaces y chispeantes, bajo el arco circunflejo de sus cejas, que dijera Trigueros de León, son signo inequívoco de una inteligencia abierta a toda idea artística.

El color moreno de su tez revela al español injerto en pipil.

Un bigotillo que le da aire de personaje debajo de su chata nariz, parece reflejar al intelectual. Labios pronunciados y gruesos y una flácida papada de bohomía terminan de completar el bosquejo.

Y arranco la hoja de mi block, porque, he dicho, no he querido hacer más que un apunte.

Notas biográficas

Nace Luis Gallegos Valdés en San Salvador, el 30 de agosto de 1917. Estudia en el Externado de San José. Se dedica a la literatura como un autodidacto y cultiva preferentemente el ensayo y la crítica —él prefiere la palabra comentario interpretativo— en toda clase de periódicos y revistas.

Viajero en busca de más amplios horizontes, ha recorrido varias naciones de Europa y América, habiendo desempeñado a su vez algunos cargos diplomáticos.

En la actualidad es Sub-Director de Bellas Artes y Jefe de Letras. Tiene también a su cargo la Cátedra de Literatura Hispanoamericana y Centroamericana en la Facultad de Humanidades de la Universidad Autónoma de El Salvador.

Ahora, ya en plena madurez de formación, nos brinda "Tiro al blanco".

En este libro recoge una selección de artículos que suponen la labor tesonera y constante de estos últimos años.

"Tiro al blanco" ha venido precisamente, cuando Luis Gallegos Valdés acababa de ser nombrado Académico de la Lengua, y él solo basta para justificar esta distinción.

Cómo se formó el crítico

"Si algún género literario quisiera yo cultivar —nos dirá en su primer artículo "Consideraciones..." es el de la crítica, tan vilipendiado por muchos escritores y poetas".

"La crítica no aparece con la abundancia de los otros géneros literarios, puesto que su ejercicio implica —como todos sabemos— buen gusto, discernimiento, amplia cultura y honradez, cualidades que, aun entre los escritores, no siempre se hallan reunidas en una sola persona".

"Por de contado que al crítico se le exige también en la actualidad ser a la vez buen escritor".⁽¹⁾

Con un criterio tan equilibrado se irá formando el escritor de estilo sencillo, clásico, claro, elegante; porque, en fin de cuentas la elegancia consiste en la selección de formas y no precisamente en la profusión de adornos.

El buen gusto, además de ser en parte innato, es sin duda fruto de una fina educación artística. Las Preceptivas literarias nos dan también algunas normas para adquirirlo y mejorarlo, la principal de las cuales es ver, sentir hondamente las bellezas encerradas en los modelos de todos los tiempos y países. Sin esto, poco podrán nacer las reglas prácticas, como advierte muy bien Martínez de la Rosa en su Arte poético:

(1) Tiro al blanco. Consideraciones sobre la crítica, pág. 11.

Mas no con breve afán, livianamente
buen gusto adquiriréis, que no lo prestan
los áridos preceptos,
ni el sutil raciocinio de la mente;
con modelos bellísimos nutrido
fórmase lentamente,
cual con música acorde el fino oído;
menos juzga que siente,
natural nos parece, no adquirido
y a la grata beldad acostumbrado
por instinto condena cuanto advierte
que disgusto le causa en vez de agrado.⁽¹⁾

En todos los juicios de Luis Gallegos Valdés aparece este buen gusto, este discernimiento para justipreciar en su justo valor las obras que somete a su estudio, o, para usar de un lenguaje a tono con su obra, tendríamos que decir que siempre da en el blanco.

Pero para ello fue necesario antes una amplia y sólida cultura, que Luis Gallegos Valdés bebió reposadamente en los mejores literatos españoles principalmente. El nos lo dice gráficamente:

“Por aquel tiempo, embebaba yo a hacer mis primeros tanteos de investigación literaria. La lectura de un buen libro, entrañaba para mí el tener constantemente a mano, pluma fuente y octavillas para tomar notas”.⁽²⁾

Es muy probable que este consejo se lo deba a su profesor de Literatura del Externado de San José, P. Estefanía, que tanto lo recomendaba a sus discípulos.

“Con este método, tan sencillo —prosigue— y con la lectura de ensayos críticos de Menéndez y Pelayo, Valera y Azorín, de Blanco Fombona, Rodó y Luis Alberto Sánchez, me fuí aficionando a este género literario— la crítica— tan escabroso y, a la vez, tan indispensable en la República de las Letras, en la cual merodean, junto a grandes y buenos escritores, poetastros y escritorzueros dignos de la sátira de un Quevedo o de un Mariano José de Larra”.⁽³⁾

El mismo profesor antes apuntado, le dió también este otro consejo, digno de quien había ya experimentado los malos ratos que ocasiona la honradez e integridad en el crítico:

“Un inteligente sacerdote amigo mío, cuando le expresé mi deseo de dedicarme a la crítica, sonriéndose, me dijo: Está bien, con tal que no se meta Ud. con los vivos, por que esto le podría acarrear disgustos”.⁽⁴⁾

(1) MARTINEZ DE LA ROSA, *Arte poética*.

(2) *Tiro al blanco*, pág. 12.

(3) O. c., pág. 12.

(4) O. c., pág. 19.

Este escollo lo ha salvado D. Luis Gallegos Valdés dedicándose, más que a una crítica negativa de defectos, a la interpretativa de obras cumbres; por eso habría que considerarle, según él mismo prefiere, como comentarista interpretativo, más que como crítico en el estricto sentido de la palabra. Por eso nos dirá:

“Perdóneseme el siguiente desahogo: hasta el momento, no he intentado hacer crítica literaria en el exacto sentido de la palabra. Por eso me preocupa que algunos amigos bondadosos me llamen crítico. Yo no he escrito sino algunos comentarios, esbozado algunos ensayos, emborronado, sí, muchos artículos, labor casi periodística nada más. Rara vez, lo digo con la mano puesta en el corazón, he subido a oficiar ante el ara de los sacrificios incruentos que es la crítica”.⁽¹⁾

Aunque en estas palabras, llenas de modestia, se advierta el deseo de rebajarse, con todo, creemos con sinceridad que el crítico está logrado pero que precisamente en esa interpretación de la obra en todos sus aspectos, con el temperamento y educación de su autor, el medio cultural y social en que vivió y la época histórica y literaria en que se desarrolló. Todo ello, unido a un gusto exquisito, una amplia comprensión, aun en los juicios sobre la literatura nueva, la cortesía y lo mesurado y benévolo de sus juicios.

Luis Gallegos Valdés pone lo bueno y no oculta los defectos cuando le parece que los hay. Lo cual no es otra cosa que juzgar o apreciar, sin prejuicios y con conocimiento de causa, los méritos y defectos de una obra, con todas las atenciones que merece su autor, pero también el público. Así lo ha creído él:

“El crítico debe señalar, con cortesía, esos defectos, y si el autor en verdad tiene talento, le quedará agradecido, una vez pasada la molesta impresión de que le hagan reparos a sus escritos”.⁽²⁾

Tiro al blanco

Pero vengamos al fondo del libro. “Tiro al blanco” es un conjunto de juicios críticos en el verdadero sentido de juzgar en su justo valor las obras que se analizan en él.

El mismo título “Tiro al blanco”, tan acertado y sugestivo, entraña esa misma idea.

Se dirá que sus juicios son excesivamente laudatorios; pero para que haya crítica no es necesario hablar de defectos, y menos tratándose de obras de valor perenne, como las que analiza, en cuyo caso basta hacer resaltar los méritos y acertar en sus apreciaciones.

Y eso es lo que hace Luis Gallegos. Tira al blanco del teatro de Cervantes y nos da un estudio completo sobre el tema, desde los comienzos de

(1) O. c., pág. 20.

(2) O. c., pág. 20.

este género con Juan del Enzina, Gil Vicente, Torres Naharro, Lucas Fernández, Lope de Rueda; pasando por el teatro inglés, francés, italiano, hasta abordar el de Cervantes en su Numancia, sus comedias y sus entremeses.

Tira a unos cuantos autores españoles: Quevedo, Azorín, Benjamín Jarnés, Pedro Salinas y nos da un cuadro completo, como una rosa que se abre en torno al blanco.

Azorín, ejemplo de precisión y casticismo —digamos mejor de preciosismo de lenguaje— es estudiado con puntería. Diríamos que hasta el dardo va envuelto en cariño y devoción. Con ocasión del gran estilista se extiende su vista hacia toda la generación del 98. Al enjuiciarlo como novelista y al disertar sobre este género, aparece un verdadero maestro.

A Benjamín Jarnés nos lo presenta como prosista consumado, en medio de un ambiente extralimitado y vanguardista. A Salinas lo encuadra como el prototipo de la generación del 36, que tan buenos poetas dió: García Lorca, Alberti, Jorge Guillén, Gerardo Diego, Dámaso Alonso, Emilio Prados, Vicente Aleixandre, Luis Cernuda, Manuel Altolaguirre, Miguel Hernández, Juan José Domenchina, León Felipe, José Moreno Villa, Antonio Espina y una pléyade más de poetas en su mayor parte, que son comparados, con su cuenta y razón, con los más preclaros de nuestra Edad de Oro.

Siempre sitúa al escritor dentro del ambiente literario o artístico en que le tocó desenvolverse.

Esto entre los españoles. Luego apunta a un hispanoamericano, Blanco Fombona, y por fin a dos franceses, Balzac y Marcel Proust. Y no hay duda que, con su juicio certero y sereno, da en el blanco Así lo creemos después de leer esta colección de ensayos críticos, que Luis Gallegos Valdés nos ofrece en una artística edición de Bellas Artes.

El libro va precedido de un estudio sobre crítica. De él hemos ido entresacando sus aficiones a este género y el proceso que siguió en su carrera de crítico. Sintetizando, vemos cómo, al leer un buen libro, tomaba apuntes del contenido, impresiones, acotaciones, comentarios. Luego fue guardando sus notas.

A estas observaciones, en sus lecturas, se añadió el estudio de los ensayos críticos de los grandes maestros Menéndez y Pelayo, Valera y Azorín, de Blanco Fombona, Rodó y Luis Alberto Sánchez. Así se formó, con tan buenos modelos, el crítico que ahora admiramos.

En él campean aunadas las dotes indispensables a todo crítico: buen gusto, discernimiento, amplia cultura y honradez.

El criterio es siempre sereno y equilibrado, y, aun hablando de ciertos **ismos** y escuelas de vanguardia, adopta una actitud de amplia comprensión y tolerancia.

En todo el tomo luce erudición nada vulgar, sin que se haga por eso rebuscado. Tiene cuidado, aun tratándose de ensayos, de avalorar sus afirmaciones con todo el aparato crítico, citando las fuentes al pie.

Esta erudición se hace más ostensible en su trabajo sobre la revolución cultural que vino al mundo con la Imprenta, pero se encuentran despuntes de ella en casi todos los trabajos.

Los ensayos, fuera de alguno que otro, como el de Quevedo o Marcel Proust, están trabajados a fondo, con verdadero conocimiento de causa.

En Blanco Fombona nos da entera su personalidad: su carácter, su voluntad, su sinceridad. De todos estos rasgos va haciendo observaciones atinadas, comparaciones exactas y crítica sana.

El estudio de Balzac es precioso. En él aparecen sus afanes, sus desvelos, sus tanteos, hasta dar con su fuerte: la novela; en una palabra, su genialidad.

Alguna vez, quizá por tratarse de trabajos ya publicados, se repite, como en el tan debatido problema de si hubo o no generación del 98.⁽¹⁾

La importancia de la forma literaria que él destaca en Balzac, podría aplicársele en su tanto a él mismo, que aunque no pudiera decirse que es un preciosista de la frase, es siempre sobria, transparente y sobre todo castiza.

Y para terminar, una sola observación. Acerca de la teoría del arte se sostiene (en la pág. 177) que "la literatura no sólo es amable distracción para gentes aburridas y tediosas. Tiene una misión más alta, además de deleitar: contribuir a que los hombres lleguen a ser cada vez mejores ética y estéticamente".

Notemos que la esencia del arte no es más que deleitar, prescindiendo de otros fines que puede tener también secundarios, como enseñar o moralizar. Respecto de este último diremos que no es necesario perseguir positivamente un fin moralizador, pero sí se exige como condición a la obra literaria que no hiera los sentimientos que van contra la naturaleza racional del hombre, es decir que no sea inmoral.

No cumplió ciertamente Balzac en sus novelas, casi todas condenadas por la Iglesia, este principio tan fundamental en todo arte y de que aquí tanto blasona.

Felicitemos a Luis Gallegos Valdés por este triunfo tan rasonante al que se asocia gustosa la revista ECA.

(1) Tiro al blanco, págs. 77 y 135.